MERIDIONAL Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos
ISSN (en línea): 0719-4862 | Número 19, octubre 2022-marzo 2023, 147-163 |
DOI: 10.5354/0719-4862.2022.68532

Salvar la nación de la barbarie. Notas sobre la pervivencia del racismo en la Argentina del último cambio de siglo[1]

Saving the nation from barbarism. Notes on the survival of racism in Argentina at the turn of the century

Gustavo Vallejo
CONICET-Universidad Nacional de La Plata, La Plata, Argentina
https://orcid.org/0000-0003-4730-2455
1208gvallejo@gmail.com

"Crisol de razas" ha sido durante mucho tiempo la caracterización que, con jactancia, la Argentina se dio a sí misma. Con ello, se alude a la diversidad generada por el arribo de variadas corrientes migratorias y su fusión en una única identidad superadora de las diferencias. Sin embargo, ya desde la segunda mitad del siglo XIX, la inmigración motivó una desigual valoración de acuerdo al lugar de procedencia del arribado. Este aserto quedó explícitamente expresado en la Constitución nacional sancionada en 1853, que estableció en su artículo 25 la preferencia de "la inmigración europea" por sobre la de otro origen (Sampay 361)[2].

[1] Este trabajo forma parte de los proyectos "Ciencia, racismo y colonialismo visual", ID2020-112730GB-I00, del Ministerio de Ciencia e Innovación (Madrid, España), y PIP-CONICET 112-202001-00407CO del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) (Buenos Aires, Argentina).

[2] La Constitución de la Confederación Argentina fue sancionada el 1 de mayo de 1853. Se basó en un proyecto elaborado un año antes por Juan Bautista Alberdi,

Más tarde, la política de apertura a la inmigración tuvo una ley específica por la que, en 1876, se establecieron beneficios para la radicación de extranjeros, dentro de un programa poblacionista planteado en forma complementaria con la "Campaña del Desierto" que, entre 1878 y 1880, llevó a cabo el ejército argentino para exterminar pueblos originarios. En este sentido, la integración de la Argentina a la economía-mundo implicaba exponer, internacionalmente, la ejemplar erradicación de razas consideradas refractarias al progreso. Así, la representación de la pampa como desierto se constituyó en una verdadera profecía autorrealizada para que, sobre el vacío provocado por un genocidio, pudiera, literalmente, trasplantarse la cultura europea. Pero a aquel primer propósito constitucional ya se añadía otro: el de fijar en la Europa central y septentrional la preferencia de la inmigración a ser recibida para que se dirigiera a tierras que ya tenían dueño[3].

Esta mirada idealizada acerca de la población, entendida como factor decisivo para conducir a un nuevo país americano hacia la civilización, se diseminó con enorme potencia a través del ideario de la llamada "Generación del 80", conformada por los mayores animadores de la cultura política y científica de la última parte del siglo XIX. Por su influencia, la oposición entre civilización y barbarie fungió como consustancial a la conformación de un Estado-nación moderno y, por su intermedio, se naturalizó la vigencia de una tergiversada noción clásica. Esto, porque la palabra "bárbaro", en el uso que le dio la tragedia griega, equivalía a "extranjero" y, en cambio, sería esta última la que aludía a quien estaba llamado a librar al país de su incultura. Habían sido alterados los semas, invertidos,

---

donde una de las diferencias con el texto sancionado radicaba justamente en el artículo referido a la inmigración, puesto que allí no se hablaba de preferencias hacia europeos y comenzaba diciendo: "Ningún extranjero es más privilegiado que otro. Todos gozan de los mismos derechos civiles inherentes al ciudadano" (Sampay 344).

3 El Estado se hizo de 42 millones de hectáreas (equivalentes a la superficie entera de Dinamarca), para luego dejarlas en manos de unas 1 800 familias de Buenos Aires. Solo el General Julio A. Roca, el líder de la acción militar y luego la figura central de la política argentina durante los siguientes seis lustros, se hizo acreedor de 50 000 hectáreas en una de las estancias que tuvo en su poder.

> en una operación de tipo axiológico, por la cual no hay inconveniente en entender que bárbaro es sinónimo de primitivo, brutal, instintivo, incontrolado e irracional, mientras que lo civilizado, que viene de afuera, goza de los atributos más elevados (Jitrik 27).

Tratando de explicar más acerca del sentido de esta oposición fundante de la nacionalidad, un Sarmiento ya longevo se refirió al proceso ascensional con el que unió la idea de evolución y la *Divina Comedia* (Vallejo 254-259) y a aquello que encontraba aclarado en la filología. El punto más bajo del que se partía era el *Infernus*, término latín en el que halló conjugado el lugar más bajo o inferior (*inferus*), con aquello que está en el interior (*internus*) (Sarmiento 223). En contraposición, estaba afuera de nosotros aquello que se situaba en lo más alto, proporcionando con su ejemplo el sentido que debía adoptar la vía ascensional. Ese nosotros inferiorizado alcanzaba a toda la América que no había sido colonizada por ingleses y/o franceses, por lo que de ella solo cabía esperar que dejara paso a razas que, desde fuera de ese interior-inferior, vinieran elevar la condición presente y futura.

El "crisol de razas" debía ser el resultado de una fusión de entidades que compartieran un piso de normalidad, el cual solo podía considerarse como tal tras ser despejado el cuerpo social de la peligrosa irrupción de lo monstruoso, en tanto suceso impropio del orden natural de las cosas. El salvaje bárbaro del interior-inferior era el monstruo que, por su sola existencia, no dejaría de acechar a la dotación del futuro racial de la nación.

Una muestra elocuente de los logros que comenzaban a ser identificados tras la implementación de estas ideas pudo apreciarse en 1910, en las celebraciones del centenario de la Revolución de Mayo. Los festejos conmemorativos contaron con exposiciones organizadas por entidades como la Sociedad Rural, responsable del financiamiento de la Campaña del Desierto. La más concurrida de ellas fue la de ferrocarriles y transportes terrestres, cuya imagen, que operó como cartel de propaganda y portada del catálogo oficial, contenía un mensaje muy claro. Con una absoluta literalidad, allí aparecía un tren que estaba a punto de arrollar a un indio que parece no entender nada de lo que estaba viendo (ver figura 1). La imagen era demostrativa del estadio civilizatorio alcanzado, pero también instaba a recordar que la tarea emprendida podía no haber sido completada: el progreso quizás no había terminado aún con la última expresión monstruosa de la barbarie.

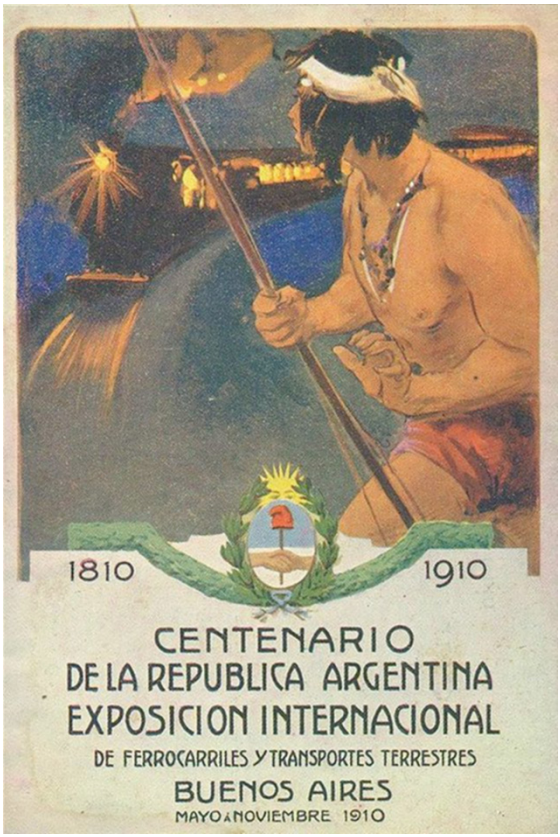

Figura 1. Afiche de la Exposición Internacional de Ferrocarriles y Transportes Terrestres de 1910.

Para Darcy Ribeiro, Argentina se convirtió así en un "pueblo transplantado" merced a "una empresa peculiarísima realizada por una élite criolla enteramente alienada y hostil con los suyos que adopta como proyecto nacional la sustitución de su propio pueblo por europeos a los que atribuía una perentoria vocación para el progreso" (87). Por la radicalidad extrema de estas acciones, se naturalizaron preceptos culturales que se propagaron intensamente dentro de un trayecto de muy larga duración. En este sentido, la continuidad de un racismo encubierto por valores como el progreso y la civilización nos permite dar un salto

histórico para reconocer también su pervivencia en expresiones de fines del siglo XX e inicios del XXI, como las que aquí analizaremos.

En ese salto histórico, vale la pena señalar una primera correlación nominalista. El Proceso de Organización Nacional, que llevó adelante la Generación del 80, tenía cien años después un pretendido homenaje tributado por la dictadura cívico-militar que, en 1976, asumió el poder bajo la denominación de Proceso de Reorganización Nacional. Su misión autoimpuesta era retomar y completar los objetivos que habían sido planteados un siglo antes. Si desde inicios del siglo XX los intelectuales latinoamericanos impusieron el apotegma de "salvar la nación"[4] –con las diversas interpretaciones que ello podía suscitar–, en las élites argentinas prevaleció claramente la certeza de que, una vez erradicada la barbarie, la nación debía ser custodiada de sus posibles reapariciones. En definitiva, era necesario "salvar la nación" de la barbarie.

Para la dictadura, aquel mandato derivó en acciones dirigidas a instalar el control de la población y, en ese afán, quedó inmersa la lucha emprendida contra la subversión. El exterminio de la disidencia fue exhibido, entonces, como una depuración de entidades anómalas que se habían infiltrado en el cuerpo social. Vale mencionar que el antecedente directo de esa metáfora biológica fue buscado en la Campaña del Desierto, de la que se realizaron celebraciones al cumplirse el centenario de su culminación. En ese marco, el discurso oficial estableció el correlato entre aquella "gesta", que había logrado "desalojar al indio extranjero que incursionaba en nuestras pampas", con la que, merced a asesinatos, desaparecidos y exiliados, era exhibida en 1980 como la proeza de haber exterminado al "subversivo apátrida" (Harguindeguy 43). En ambos casos, indio o subversivo, se trataba de una misma figura cultural: la de la barbarie que constituía una entidad invasora y propagadora de un mal devastador para una población que era y debía ser occidental y cristiana –además de blanca–, como insistía en remarcar la dictadura, en este caso a través de su ministro del Interior, Albano Harguindeguy.

De la misma manera que lo hiciera la Generación del 80, el exterminio había producido un vacío poblacional que era menester ocupar. Para hacerlo, fue enfatizado el mismo deseo por conseguir el poblamiento

[4] Patricia Funes señaló que esa frase, recurrentemente utilizada en la década de 1920, también puede ser interpretada como la necesidad de "ser salvados por ella" (23).

interior con inmigrantes europeos dedicados a la labranza de la tierra (Harguindeguy 12). Pero, esta vez, aquellos inmigrantes deseados no llegaron y, tras el retorno de la democracia, se produjeron crecientes arribos de quienes procedían de países sudamericanos. Esta situación comenzó a hacerse particularmente visible tras producirse cambios políticos de importancia. En 1989, con el final anticipado del gobierno de Alfonsín –producido al quedar en jaque por la más alta tasa de inflación de la historia argentina–, asumía en su lugar Carlos Saúl Menem, con quien daba comienzo el segundo ciclo neoliberal, tras el implantado por la dictadura entre 1976 y 1983. Así, se desataba una "revolución conservadora" que tenía como novedad, ante las anteriormente promovidas, una legitimidad de origen que le brindaba a su máximo responsable el haberse impuesto en elecciones libres y la profundidad de las transformaciones económicas y sociales rápidamente implementadas. Todo ello no tardaría en redundar en un profundo debilitamiento del Estado, en beneficio de grandes empresarios nacionales e internacionales y a un costo inconmensurable para los sectores populares.

La presencia del neoliberalismo no solo arrojaba rápidas consecuencias sociales de enorme gravedad, abriendo una brecha entre quienes lograban integrarse a la economía y quienes no podían conseguirlo. También trasuntaba en una tajante oposición que distinguía culturalmente, de arriba hacia abajo, a los lugares ocupados por unos y otros de acuerdo a su supuesta capacidad y voluntad de trabajo. Así, sobrevino una incesante estigmatización del pobre, asociada a la reaparición de la barbarie, porque en su condición se pensaba que residía la falta de atributos valorables y la imposibilidad de vivir dignamente en forma autónoma, esto es, sin convertirse en una carga injustificada para el Estado.

Algunos datos de la realidad permiten dar cuenta de una crisis social a la que se añadieron inéditas situaciones problemáticas en el plano sanitario. En 1993, por primera vez en décadas la desocupación alcanzaba los dos dígitos, dando inicio a una curva ascendente que no se detendría hasta entrado este siglo. También ese año, la tuberculosis tuvo en la Argentina el número más alto de casos notificados desde 1986, a lo que se sumó la llegada al país de la epidemia de cólera que venía afectando a otros países de América Latina.

Ambos registros, el social y el sanitario, buscaron sesgadamente ser conjugados como una relación de causa y consecuencia para revictimizar

a las principales víctimas: los inmigrantes de países sudamericanos. Ellos prevalecían dentro de la población afectada por el aumento de la pobreza y por la reaparición de enfermedades que se consideraban erradicadas.

Amilcar Argüelles, penúltimo ministro de Salud de la dictadura finalizada en 1983, se ocupó de integrar aquellas variables en un texto de 1994, donde atribuía a una inmigración de "baja calidad" los malos indicadores sanitarios[5]. Así quedaba expresada elocuentemente la continuidad histórica de un racismo que, ese mismo año, también sobrevolaría en la reforma de la Constitución, donde los cambios impulsados no alcanzaron al Artículo 25, consagrándose la vigencia del fomento "a la inmigración europea"[6].

En su texto, Argüelles retomaba aquel anhelo de Harguindeguy de poblar con europeos las tierras argentinas, estableciendo los lugares precisos de donde hacía falta atraer inmigrantes. Por un lado, el fin de la cortina de hierro abría amplias posibilidades de reclutar europeos del este, refugiados yugoeslavos y alemanes del Volga. Mientras que, por otro, un foco de conflicto que abría oportunidades se hallaba en Sudáfrica, donde Argüelles veía que los ingleses sufrían el odio de quienes recientemente habían puesto fin al *Apartheid*. Finalmente, también los granjeros franceses, que se quedaban sin tierras por los aumentos desmedidos en su valor y la reducción en la fertilidad de los suelos, eran otros candidatos importantes (Argüelles 9). Con esta propuesta, el exministro buscaba contrarrestar la barbarie, aquella de la cual, como presuponía, la Argentina en algún momento de su historia se había librado –primero depurando indios y luego subversivos– para reaparecer a través de corrientes migratorias de bolivianos, peruanos, paraguayos y brasileños (*ibid.*).

[5] El texto de Argüelles apareció en *La Nación*, el mismo periódico de doctrina que, en 1870, había fundado Bartolomé Mitre, uno de los padres de la organización nacional y autor de la historia argentina que estableció los valores y disvalores que contribuyeron decisivamente a configurar un preciso imaginario nacional.

[6] En materia de inmigración, la Constitución argentina que rige desde 1994 expresa lo siguiente: "El Gobierno federal fomentará la inmigración europea; y no podrá restringir, limitar ni gravar con impuesto alguno la entrada en el territorio argentino de los extranjeros que traigan por objeto labrar la tierra, mejorar las industrias, e introducir y enseñar las ciencias y las artes" (Artículo 25).

Asimismo, el contexto epocal contribuía a hacer que un conjunto de preconceptos fuera aceptado como un razonamiento válido. También en 1994, apareció en los Estados Unidos *The Bell Curve*, de Richard J. Herrnstein y Charles Murray, libro que tuvo una enorme difusión internacional a pesar de que, tras su aparente novedad científica, solo contenía viejas recetas del determinismo biológico puestas al servicio de la reafirmación de una idea fuerza: las desigualdades sociales son obra de la biología. Allí, distintas formas de medición de la inteligencia venían a sustentar un argumento que, en esencia, no difería de lo expresado por Francis Galton en 1869, en su búsqueda de comprobar la herencia de las capacidades valiéndose del análisis estadístico del parentesco entre personalidades pertenecientes a los ambientes más reconocidos del mundo social y científico (Galton 31-78)[7]. Sobre la base de estas ideas, en 1883 Galton publicó *Inquiries into Human Faculty and its Development*, donde creó el nombre de "eugenesia" para designar a una disciplina dedicada a aplicar las leyes biológicas para contribuir al surgimiento de una raza de individuos más sanos y con mayor inteligencia (104).

De esta forma, las ideas de Argüelles quedaban atravesadas por la impronta de un racismo local que pervive y por su interlocución con el relanzamiento de teorías de viejo cuño empeñadas en detectar, a través de la biología, mayores y menores cualidades. Para Argüelles, la inmigración sudamericana solo depararía una caída en el promedio de la capacidad física y mental de la población argentina, con consecuencias directas en los registros del desempeño escolar y en los índices sanitarios que, en sus "cifras aterradoras"[8], preanunciaban una progresión temible si el mal no era detenido a tiempo.

Pero había también en Argüelles una articulación del racismo que iba más allá de la biología para entroncarse con un preciso tipo de geopolítica que, sobre todo en la última dictadura, tuvo un fuerte arraigo para identificar a las fronteras terrestres como permanentes focos de conflicto. En Argüelles, persiste esa mirada que añade un motivo más

[7] En *The Bell Curve*, Galton aparece después de la mención a la teoría de la evolución de Darwin, como la primera referencia científica aludida para construir su argumentación (Herrnstein y Murray 1-24). La aparición de este texto motivó una refutación incluida en la reedición de *La falsa medida del hombre* (Gould, 2004 13-40).

[8] Así se tituló el artículo que se reproduce en el apéndice de este artículo.

de condena a la inmigración desde los países vecinos y que, a la vez, lo insta a demandar la ocupación de territorios vacíos que veía quedar a su merced. El neoliberalismo azuzó esta mirada a partir de una relación de absoluta dependencia con los Estados Unidos, que, en 1990, el embajador en aquel país y luego canciller, Guido Di Tella, definió como "de relaciones carnales"[9]. A partir de allí, las interacciones regionales quedaron subsumidas a una competencia por obtener el reconocimiento del país del norte como su mejor aliado.

Aquellos a quienes Argüelles acusó de traer a la Argentina "una carga ancestral de atraso mental y físico" (9) que debilitaba la potencia de la población, fueron así crecientemente estigmatizados en la misma medida en la que crecía la pobreza y la marginalidad. Para el año 2000, la desocupación alcanzaba a uno de cada cinco habitantes, mientras que eran inmigrantes solo uno de cada veinte. No obstante ello, el latiguillo de que los extranjeros le quitaban el trabajo a los argentinos se volvió recurrente, retroalimentándose con mensajes emanados de la prensa.

Justamente en el año 2000, la revista *La primera de la semana* dedicó un número a la inmigración de países vecinos con una clara perspectiva racista, que se entroncaba a una larga historia de discriminación y, a la vez, buscaba añadir algunos datos de actualidad. Dirigía esa revista Daniel Hadad, periodista de la ortodoxia neoliberal devenido en un magnate de medios de comunicación en Buenos Aires y Miami.

La portada de dicho número ya sintetizaba por sí sola el mensaje que se pretendía transmitir, con una imagen principal que englobaba todas las prédicas racistas que recaían sobre el inmigrante proveniente de países sudamericanos (Hadad, portada). Allí estaba el estereotipo de un "otro" invasivo con rasgos físicos asimilados a los pueblos originarios, exhibiendo la barbarie de su torso desnudo delante de un símbolo patrio –la bandera– y el ícono civilizatorio –el obelisco como metáfora de Buenos Aires– (ver figura 2).

El epígrafe de la imagen resulta también muy elocuente: "Los extranjeros ilegales ya son más de 2 millones. Usan hospitales y escuelas.

[9] Con esa frase, pronunciada en una entrevista y repetida luego hasta convertirse en toda una definición de época, se buscó dar cuenta del absoluto alineamiento geopolítico de la Argentina con los Estados Unidos (Lejtman 5).

No pagan impuestos. Algunos delinquen para no ser deportados. Los políticos miran para otro lado" (Hadad, portada).

Figura 2. Portada de *La primera de la semana*, N°3, abril de 2000.

La nota central de la revista embiste contra la "América oscura" que "invade, ensucia y degrada" todo lugar al que se dirija (Kiernan 19). Una visión esencialista, que recurre al surgimiento de la Argentina como Estado-nación para legitimar una xenofobia selectiva, recordaba que no

era esa la inmigración soñada por Sarmiento en el siglo XIX. De manera que se acusaba de no honrar debidamente a los próceres recibiendo inmigrantes que no eran sino el signo de una reaparición monstruosa, una anomalía atribuida a la injustificable prédica de la izquierda setentista que abogaba por la unidad regional.

El relato proseguía señalando que esos inmigrantes "son demasiados, son tramposos, son delincuentes, son sucios y les gusta vivir hacinados" (*ibid.*) para dar cuenta del peligro de que significaban la progresión indefinida del mal absoluto. En esos datos reposaba el argumento que daba el título a la portada de la revista: "la invasión silenciosa".

En poco más de un año de aparecido el número que la revista de Hadad dedicó a los inmigrantes sudamericanos, el país estallaba, la economía entraba en *default* y la pobreza superaba el 50%. No era esa población estigmatizada la responsable del caos desatado, por no pagar para usar las escuelas o los hospitales públicos. La invasión que llevaba al desastre no provenía de las fronteras sino de programas diseñados en Wall Street que alentaron una financiarización de la economía producida bajo el amparo de usinas propagadoras de odio sobre inmigrantes pobres. Otra cara de esa invasión tenía lugar en las tierras aún no ocupadas por latifundistas del siglo XIX, las cuales no eran ahora objeto de disputas con países limítrofes –como advertía Argüelles que sucedería–, sino propiedad de unos pocos extranjeros procedentes de aquellos sitios de los que desde hacía mucho tiempo se esperaban inmigrantes. Haciéndose de una enorme porción de la Patagonia argentina a precio vil para darle un uso ocioso y/o depredatorio, los que llegaron eran multimillonarios como Luciano Benetton, Joe Lewis, Ted Turner, George Soros, Jacob Suchard y Ward Lay.

Aun así, el racismo haría posible que la barbarie siguiera siendo buscada en la pobreza supuestamente traída desde países vecinos antes que en las causas estructurales que la generaban en la Argentina. Aquellos supuestos salvajes seguían siendo los enemigos de nuestro bienestar y, por esa razón, eran el monstruo que causaba los mayores padecimientos por la rara condición que tenía de persistir en su existencia, satisfaciendo, a la vez, la necesidad de presentificarse con los esfuerzos de la opinión pública puestos en impedirlo. Es que, por sobre todas las cosas, el monstruo tenía esa extraña cualidad de condensar el mal y la expiación de inconformistas con la sociedad a la que pertenecían, las que no eran

sino nuevas formas asumidas por similares élites a las que Ribeiro vio "alienadas y hostiles" con su propio pueblo.

Referencias

Argüelles, Amílcar. "Cifras aterradoras". *La Nación*, 21 de abril de 1994, p. 9.

Catálogo Oficial de la Exposición Internacional de Ferrocarriles y Transportes Terrestres. Buenos Aires, 1910.

Funes, Patricia. *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*. Buenos Aires, Prometeo, 2006.

Galton, Francis. *Herencia y eugenesia*. Madrid, Alianza, 1988.

Gould, Stephen Jay. *La falsa medida del hombre*. Barcelona, Crítica, 2004.

Hadad, Daniel. "La invasión silenciosa". *La primera de la semana*, N°3, 4 de abril de 2000.

Harguindeguy, Álvaro. "Discurso del Ministro del Interior". *Congreso Nacional de Historia sobre la Conquista del Desierto*, *Tomo primero*. Buenos Aires, Academia Nacional de Historia, 1980, pp. 42-43.

Herrnstein, Richard y Charles Murray. *The Bell Curve. Intelligence and Class Structure in American Life*. Nueva York, The Free Press, 1994.

Jitrik, Noé. "Escritura: entre espontaneidad y cálculo". En Noé Jitrik y Adriana Amante (eds.), *Historia de la Literatura Crítica Argentina, vol. IV, Sarmiento*, Buenos Aires, Emecé, 2012, pp. 15-31.

Kiernan, Sergio. "La campaña de Hadad contra los inmigrantes. La invasión racista". *Página 12*, 9 de abril de 2000, p. 19.

Lejtman, Román. "Los pecados de la carne. Entrevista realizada al señor embajador de la República Argentina en Washington, Ingeniero Guido Di Tella". *Página 12*, 9 de diciembre de 1990, p. 5.

Ribeiro, Darcy. *Las Américas y la civilización*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1972.

Sampay, Arturo E. *Las constituciones de la Argentina (1810-1972)*. Buenos Aires, Eudeba, 1975.

Sarmiento, Domingo F. "Conflictos y armonías de las razas en América. Segunda parte". En *Obras Completas*, Tomo XXXVIII, 2001 (primera edición de 1888).

Vallejo, Gustavo. "Darwin y la Divina Comedia. Evolución e imaginación literaria en Buenos Aires (1882-1908)". En Gustavo Vallejo, Marisa Miranda, Rosaura Ruiz y Miguel Ángel Puig-Samper (eds.), *Darwin y el darwinismo desde el sur del sur*, Madrid, Doce Calles, 2018, pp. 245-266.

Apéndice

Cifras aterradoras (1994)

Amílcar Argüelles

Recientes estudios sobre la población argentina demuestran que la salud ha empeorado por aumento de la enfermedad de Chagas, meningitis, tuberculosis, parasitosis y, particularmente, el cólera, hasta hace poco desconocido en nuestro país.

Este alarmante aumento de la morbilidad se relaciona con el ingreso de la inmigración ilegal sudamericana que, en aumento, se hacina promiscuamente en la periferia de Buenos Aires y en zonas rurales de Misiones, Chaco, Formosa, Salta, Jujuy y toda la Patagonia, con lo que introduce enfermos chagásicos, parasitados, y casos de cólera de Bolivia, Perú, Paraguay y Brasil. En el Gran Buenos Aires, la contaminación es ya gravísima. Los últimos exámenes médicos para conscriptos registraron déficit de estatura de 10 a 12 centímetros en los adolescentes de zonas de frontera y Gran Buenos Aires en relación con los del resto del país.

Dos tercios del presupuesto de los hospitales públicos argentinos se gasta en pacientes inmigrantes sudamericanos.

Pero más grave aun que el empeoramiento de la salud de nuestra población es el descenso de los niveles intelectuales y de escolaridad que se está observando, debido fundamentalmente a la incorporación creciente de familias indocumentadas de países cordilleranos y limítrofes.

Actualmente menos del 50% de los escolares primarios de las provincias periféricas y los arrabales de nuestras ciudades llegan a 7º grado y en la provincia de Chaco ha aumentado el analfabetismo que hoy llega al 18 por ciento.

Dos Argentinas

Aunque humanitariamente quisiéramos seguir recibiendo esa inmigración ignorante y carenciada, nuestros recursos no lo permiten, y de no dete-

nerla quedaremos divididos en dos Argentinas: una desarrollada y otra mayoritaria del Tercero y Cuarto Mundo, construyendo una "sociedad a dos velocidades", "Société á deux vitesses" como la llaman los franceses, que sabemos, después de la revuelta de Chiapas, a lo que puede llevar.

Desgraciadamente esa corriente entre legales e indocumentados ya es de millones de inmigrantes, gran número de ellos con capacidad mental limitada por siglos de desnutrición, de sus antepasados e infancias, por carencias vitamínicas y de aminoácidos esenciales para el desarrollo cerebral, necesario para su educación.

Ante el bajo índice demográfico de las familias argentinas, el notable número de nacimientos entre los inmigrantes sudamericanos de menor nivel intelectual llevará a una reducción apreciable del promedio intelectivo de los habitantes de nuestro país.

Ya Estados Unidos, con grandes recursos naturales y amplia disponibilidad de capital y gran fuerza laboral, retrocedió ante los países que basaron su desarrollo en las producciones cerebrointensivas, condición que sólo es posible si existe una población con capacidad intelectual destacada.

Los países adelantados requieren ya poseer la mitad de su población menos educada con capacidad para controles de equipos y manejos computadorizados, como ya ocurre en Japón y Alemania. Por ello, un descenso del nivel de capacidad cerebral de nuestros pobladores por migraciones subdotadas condenaría al país a un desarrollo parcial y detenido.

Ya no es posible soslayar que la subcultura de una inmigración aluvional de bajo nivel intelectual en nuestro país nos impide lo que debe ser una existencia civilizada y está en pugna con los valores sobre los que basar un proyecto nacional.

Riesgos evidentes

Esta invasión puede además derivar en riesgos para nuestra integridad nacional ante posibles reivindicaciones territoriales de países como Brasil con sus "fronteras móviles" y los argumentos geopolíticos de Chile, cuyos ciudadanos constituyen ya un 40% de la población de la Patagonia,

situaciones que empeorarán rápidamente ante la explosión demográfica sudamericana y el cambio global de la atmósfera, que afecta la agricultura y pesca de los países del Pacífico con sequías y deforestación de la Amazonia y grandes inundaciones en otras áreas.

Hace pocos meses, se constituyó en La Haya una "Liga de Naciones de Pueblos No Representados" con 30 delegados de 130 millones habitantes, de grupos que reclaman derechos políticos para formar nuevas naciones.

Entre ellos se destacó la acción en favor de la nación mapuche con dirigentes chilenos, que reclaman para su futura nación amplios territorios de la Argentina y Chile. También el movimiento separatista de la "República de la Pampa" del sur de Brasil ha anunciado que podría obtener la incorporación voluntaria de zonas del nordeste argentino.

Política inmigratoria

Urge, pues, ejecutar una política inmigratoria que permita poblar nuestras zonas de frontera y la Patagonia con inmigrantes seleccionados que, apoyados económicamente con créditos internacionales, se radiquen en tareas de producción e industrialización agraria. Europeos orientales que sufren la gravísima contaminación de carbón y sulfuros industriales, sin duda serán atraídos por la pureza de nuestra atmósfera rural y espacios naturales, y pobladores de origen alemán del Volga que no se sienten actualmente rusos ni alemanes podrían ser colonos agrarios.

Habría interés de granjeros franceses que saben que sus tierras están terminadas por sobrefertilización y que los subsidios serán progresivamente reducidos, como también de agricultores sudafricanos temerosos de las reacciones de una comunidad africana con odios antieuropeos.

En otro sentido, sería un deber de humanidad aceptar familias de refugiados de Yugoslavia respaldados económicamente por organismos internacionales.

Se han publicado planes de gobierno para la explotación intensiva de nuestros valles cordilleranos con más de cinco millones de hectáreas que, con adecuada agroindustria, podrían ser la mayor fuente de divisas de nuestro país.

Postergar la realización de estas acciones arriesgará nuestra soberanía territorial y, más grave aun, traerá un monstruoso crecimiento de arrabales contaminados tercermundistas poblados por subdotados, en detrimento del nivel intelectual y cultural nacional y del desarrollo y la competitividad de la Argentina del siglo XXI[10].

[10] Argüelles firma el artículo como "ex ministro de la Nación; miembro de la Academia Nacional de Ciencias; brigadier (RE)".